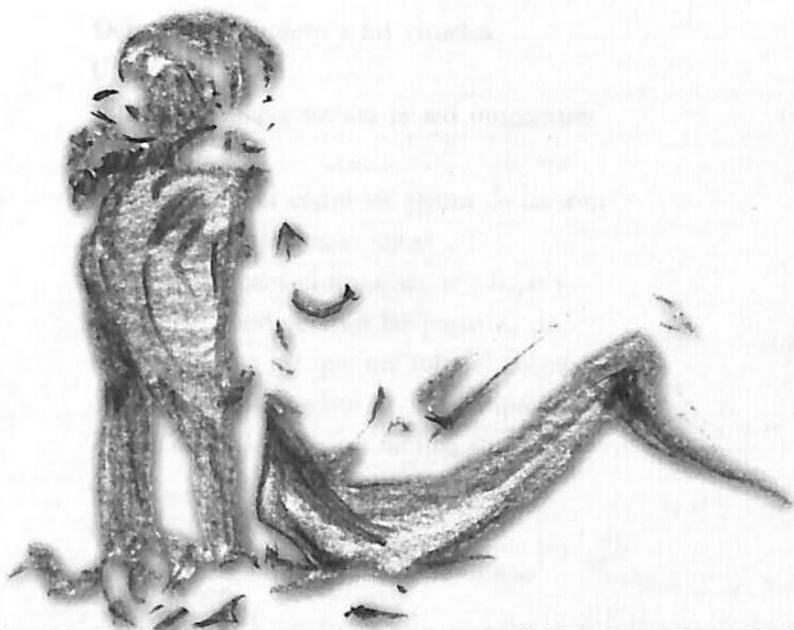


Pliego de poesía de La Colmena

CITLALLI GUERRERO



Revista de la Universidad Autónoma del Estado de México
Número 39, julio-septiembre, 2003.

**Portada: ERNESTO ZÚRIGA BENÍTEZ,
DIBUJO EN CARBÓN.**

Los gatos se asolean en los techos de las casas azules

Empezar de donde no se viene,
Morir como quien viaja,
No encontrar palabra que nombre este grito
de niña parecido al mar,
Seguir como si río y flora
porque casual es la luz que me descubre.
Andar a partir de la noche y volver de nuevo
al puerto con la voz del viento,
No sé
Debería ir de nuevo a los ciruelos,
Caminar,
como si entonces tuviera la sed innecesaria
de los ríos.
Bajar y escuchar cómo los cantos de las aves
se pierden en los matorrales,
en las palmeras y el aguacate, ir y bajar y
buscar de dónde crecen las papayas, de
dónde sale esa luz que me roba el aliento,
de dónde ese colgadero de tabaco que me
pierde como las piernas de una recién
casada,
ir y bañarse,
estar dispuesta a lo que el día ofrezca,

estar como si una piedra tuviera tantos
motivos para no hablar, estar como quien
espera que la tarde no mate hombre alguno,
estar como alguien a quien sólo la vida le
preocupa.

No sé
Debería no estar aquí pensando si llegarás,
si tendrás el valor de mirarte al espejo y
descubrir que ya no es tiempo,
me pregunto qué estará haciendo Margarita,
qué estará haciendo Emma, qué estará
haciendo Isela, qué estará haciendo mi
infancia.

Me pregunto si yo tendré valor, si estas
camas y sábanas sucias, si este moho que ya
casi cubre esta pared que me hace resbalar al
infinito, me pregunto.

Debería estar fuera de la ciudad, irme,
perderme como quien de veras no conoce el
mundo.
Hago como que el viento me lleva al río,
al camposanto, esa montañita que tenía que
subir y burlar al perro que tenía Doña Santa,
y después contarme chistes para que nadie
notara que me había orinado, nomás por no
sentarme en la tierra.

No debería estar aquí, desnuda, esperando a
que Luis llegue,
a que esta vez la leche esté tibia,
mejor hago como que la ciudad es hermosa,
como que el trolebús me lleva a esquinas en
donde si puedo decir aire, mejor hago como
que la gente me encanta, como que su aroma
en el vagón del metro me recuerda al ciruelo
que nunca dio fruto, porque también en la
infancia hay tristezas que tienen que ver con
las ciudades.

No debería y sin embargo sigo aquí como
una burra que no aprendió a abordar taxis
verdes,
que no sabe que las calles han sido
pavimentadas
y que las glorietas sirven para recodar la
redondez del mundo, que los hoteles de
cuarta sirven para mirar detenidamente las
cucarachas sin asquearte más que tu propia
vida.

Seguramente Luis está acostando a Luisito
mientras llega la muchacha para cuidarlo,
mientras él se mira al espejo y decide que es
mejor quedarse a esperar la noche,
que es mejor lijar la madera que el corazón,

seguramente esto no está pasando,
no al menos este día en que estrenan de
tripas el corazón y la ciudad es tan perfecta,
tan linda para caminar por Bellas Artes y
decir que Sanborns es la revolución y mirar
los pájaros y a los reyes de España que hoy
nos visitan y nos dan la oportunidad de
conocer al Presidente, a Plácido, a
Monsiváis,
no debería estar aquí oliendo el jabón
Venus Rosa,
ni secándome con esta toalla gris,
cuando el día empezaba a las seis de la
mañana en el mercado,
comprando el pan recién horneado,
oliendo el ciruelo que cada amanecer era
visitado por el gallo y las gallinas mientras la
campana no paraba al igual que mi
corazón de saber que estaba viva...

No debería y sin embargo estoy tumbada
aquí como un siglo que está por concluir,
dónde estará toda la luz del universo que me
impide abordar un taxi,
ir rumbo a Tlalpan y decidir que es mejor así
que andar como solitario en esta ciudad de
por sí solitaria de los vientos, solitaria de los
mares, solitaria de mi infancia, simplemente
solitaria.

*De Los pantanos son algo verde
como el deseo*

A veces, entre las hojas amarillas me
pregunto si los guantes céntricos tienen el
aire de su lado, porque ayer pasó una
muchacha que vestía un lindo vestido negro
carcomido por los mares;
se levantó la hoja y el árbol calló en el
tiempo que no cura mal de amores.
He llegado al sitio monárquico del duelo,
bajé la noche para no despertar al día de
huesos ebrios.
Era el jardín un secreto en que se aniquilan
superficial las rosas; la guerra entró del
diluvio y los cuarenta días fueron un
lánguido desliz, innecesario del amor.

Nacida aún, luz resquiciente apiñonada
resplandece agua y migajas de ciervos
nohecidos
Ayer los arcos extraviaron el sendero y
bajaron hecho cielo
Altavista que se quiebra junto al mar
mas no morderé este néctar de imprecisas
amapolas
Alguien vuela superficialmente el aire
tumbos marineros que poseen la elegancia de
mi mano
así, de pronto mueren avecillas multadas por
el viento

De todos estos instantes el que resplandece
llueve
alto y tibio amor
corteza de aire en noches disolutas
Aquí era un jardín imaginario:
*solía entre la niebla y algo de escándalo,
andar ligera la nostalgia.*

Tengo una voz que no conozco
me busco como árboles amarillos en
un bosque maduro
como una muerte que no encontró su fin
desvanecido en agua
Manifiesto que me falta edad para avanzar y
vejez para retroceder
esta muralla vacía los muros en donde no me
permiten orinar
quiero nada
sólo hablo de las alas secas de mariposas
viajeras
de las pisadas anteriores al ocaso
de un simple segundo que bifurca
vidas que no existen
también de los paralelos que no se juntan
porque no les da su regalada gana
de esas miradas que dicen sí y se arrepienten

Tengo una voz que se apaga con las
manecillas de un reloj usado
camina por laderas de álamos y flores de
camposantos en trineos de hielo fracasado

a veces recuerda el dolor de una
música en orquesta de segunda
navega cauta en la alegría decembrina como
un matraz de bola roto a picotadas
Me voy de lado por Alamedas y jaloneo una
imagen de nostalgia
me pierdo en su garganta si pienso en la
quietud pausada de la hierba
pienso:
no puede haber otra realidad donde ya existe
una realidad

Tengo una voz que a pinceledas deletrea la
(a) y la almacena en un pozo metafísico
No corre el menor riesgo al entrar a una casa
de antigüedades
señala perfecto el objeto que no podrá
comprar, lo envuelve con su no piel mientras
pasa por sus huesos un frío a *tempestad*
sinistra
Mira los ojos finos del anticuario
le tira rosas de noviembre y le ensalsa una
codorniz que nunca quiso morir bajo
el almendro

De Si las hogueras no mienten

Como internados y medio muertos por pájaros
se vislumbran al anochecer tus ojos
mientras pasa una tormenta con melancolía
naciente
en donde el teclado lo hace por espinas
como si alguien y no yo tocara el recinto de
tus huesos
A lo mucho un poco de agua por lo muelles
deja rastros por los cielos
Cuando de este lado pica y la luz moja tus
muelas transparentes
Y así de nostalgia
De a poquito
Uno va y el viento sopla cuando nada ya nos
pertenece.

Estoy segura que vivo en otro sueño de alguien que
jamás duerme
amanece y sé que su piel es el reflejo de otra oscuridad
parecida a la mía

nadie ha dado muestra de estar al extremo de la mesa
donde diariamente desfilan pequeñas migajas de frutas
malolientes

Cuando alcanzo, por así decir, el tenedor de este lado
nadie toca mi tacto

Ellos están al pendiente de mi cabellera y yo no me
atrevo a cortarla por temor a la locura

A veces digo que no tengo hambre y un sueño de
glándulas y membrana me somete al infinito

Otras veces trato de escapar y la primera luz me pesa
de corales

El mundo se ha colapsado: era una pequeña isla
amarilla y por desesperanza ellos pusieron una bomba.
Se colapsó el mundo y los tres que habitamos la casa
nos hundimos como regaderas. Yo lo sabía, estaba al
fondo del mar, pero nada dolía, ya no sentía la angustia
de ser sueño de otro sueño, respiraba con
tranquilidad a pesar de no ver mi cuerpo, me sentía
profundamente agua de un final inesperado.
Habíamos muerto y fue el sentimiento más hermoso
que he sentido.

Si las hogueras no mienten, desde antes soy un animal
que nunca duerme donde el espanto se vislumbra a

picotada y los sueños malgastan de una vuelta la ignorancia.

También levito en un círculo oscuro de membrana y danzo un espejismo trunco de flama mientras bailan peces al fondo de un estanque.

Todo es como nunca ha sido.

Una vez llegó la muerte, entró a una cafetería y con sus ojos en blanco se enamoró de una dulce muchacha. Ella toda sonriente y con sus ojos en terminación de triángulo le ofreció un café ralo. Él como un inmenso aire azul se puso a danzar sobre su hombro izquierdo y la tocó como el ligero viento que sopla a los fantasmas.

Terminando las horas los dos llenos de una prisa tardía se pusieron a deletrear una música de la que brotaban una lengua flaca y otro hombre mientras dormían.

Él le dijo vengo a salvar a tu padre.

Caminaron toda la calle y al final, cuando la noche es más que una lágrima soñada, llegaron a una gran fiesta donde los mitos animosos comían mermelada de azufre y vida de espejos malformados. Nadie dijo nada. Al fondo la danza de los hombres desnudos más que una imagen es un círculo que nunca acaba.

¿Es la hora? Preguntó la dulce muchacha.

Al fondo había unas escaleras de tribus celestes. Vio cómo sus ojos se alejaban mientras los hombres de la danza desnuda se ponían camisetas nuevas y se lavaban el rostro de alegría.

Se adelantó un poco llena de sus ojos en forma de triángulo. Caminó como caminan los náufragos de un mismo destino, al otro lado la muerte regresaba con sus ojos renovados, le pidió a la dulce muchacha que le contara la historia del amor.

Estamos con los ojos de corderos, llenos de pájaros y de islas, estamos como un paso atrás y un pie adelante bajo una inmensa roca a punto de caer. Estamos como una vela que desprecia la sinfonía inédita a la sombra de otra sombra que es más sombra que la sombra. Estamos como nunca hemos estado, como las plumas que descubren salamandras cuando todo se resbala. Lástima, no es la muerte.





Universidad Autónoma del Estado de México

UAEM